



# EL "TREN DEL SUR"

de Raúl Mellado

**C**uando uno sube al "Tren del Sur" de Raúl Mellado, un ametrallador de bellas palabras escritas y habladas, no puede prescindir de su pasajero que al final de cuentas es un hombre ruboroso de sí mismo pese al humor corrosivo con el que a menudo se oculta de la mirada de los demás.

Es difícil averiguar con el propio Mellado datos de su trayectoria y de su obra. Ha vivido haciendo la biografía, difundiendo las hazañas y la producción de sus colegas. Pero se cubre a sí mismo de una nebulosa que despacha con un par de frases que impiden un mayor descubrimiento de su generosa residencia en la tierra.

Lo conocimos en los comienzos y durante el aprendizaje de nuestro oficio de periodistas. Se dice que los que nos ganamos la vida en las salas de redacciones somos de algún modo poetas, novelistas, cuentistas, ensayistas frustrados. Es un lugar común que no por ello deja de ser cierto. Muchas veces he comprobado en los diarios o revistas en los que he trabajado que hasta los porteros o el contador ocultaban en su velador algún tomo de poesías propias de exaltado íntimo o de insospitado erotismo. También he conocido cuentistas, ensayistas, novelistas con numerosos manuscritos inéditos que según ellos le matarían el punto a los más celebrados autores de esos géneros.

El periodismo es un noble y poco recompensado oficio en el que a menudo se escriben crónicas o reflexiones magistrales que se las lleva el viento. Nuestro gran Joaquín Edwards Bello decía que la más notable crónica no dura más de 48 horas en el recuerdo de la gente. En cambio cualquier cosa prescindible que se publique en un volumen hace más perdurable la memoria de su autor.

Raúl Mellado Castro ha sido siempre un poeta-periodista. No ha dejado jamás de redactar crónicas y párrafos. Pero también nunca ha cesado de escribir poesía. Su producción está dispersa en los diarios populares, en los suplementos, en las páginas culturales, en los rincones desdibujados que la prensa le dedica a la poesía siempre expuestos a ser suprimidos o a ser reemplazados por un aviso de colchones o desodorantes.

Al comienzo lo íbamos distraídamente pero de pronto empezamos a notar que era un grandísimo poeta, con lenguaje y música propia, con una fuerza y capacidad para construir imágenes que conmovían, que obligaban a la acción o a la ternura. Pablo Neruda fue uno de los primeros en reparar en él y en presentarle sus respetos.

Pero al parecer a Raúl Mellado no le interesan los reconocimientos al ícono homenaje. Tal vez escribe poesía como una necesidad de comunicarse con sí mismo. Y como

no es hombre que viva en ninguna galaxia sino en Chile y en medio de su pueblo no hace poesía con polvo de estrellas. Lo movilizan las grandes necesidades del hombre, así sean de pan, de libertad, de paz, de justicia o de verdad. No ha eludido sino que ha prolongado con su bello idioma los temas que encontró en sus reportajes, en sus viajes en microbuses, en su barrio, en la crónica cotidiana de la gran ciudad en la que ha realizado gran parte de su vida.

Es de origen campesino. Viene de Colipulli, de la llamada Tierra Colorada. El único libro que ha publicado en una edición no artesanal se llama así. Los otros se llamaron "Cuerda de Lluvia" y "El Verbo de la Tierra". Son ediciones que están en pocas manos, que tuvieron un tiraje casi familiar, que no buscaron los escaparates de las librerías, pero no pasaron desapercibidas para quienes las leyeron. A veces —en muy escasas ocasiones— se las hemos escuchado a su autor que también se resiste a leerlas en este género de poesía verbal a que estuvieron obligados los poetas en estos años de turbia dictadura.

El periodismo tal vez no figuraba en los planes de este joven de Colipulli pero el azar impudéntemente condujo hacia la revista "Vistazo" que fundara y dirigiera Luis Enrique Délano, otro periodista inolvidable

que también escribió una treintena de libros que ya son parte de nuestra historia literaria. Délano surtía en esos días de una artritis que le impedía deslizar sus rápidas manos por el teclado de la máquina de escribir. Necesitaba un dactilógrafo y esas funciones las cumplió durante muchos días el joven de Colipulli. Cuando Délano recuperó el uso de sus manos le dijo que ahora no quedaba otro remedio que le permitiera continuar ganándose la vida que hacer reportajes para la revista.

Aprendió el oficio al calor de los temas de las noticias. En la revista también trabajaban otros poetas cuyos destellos se deslizaran en las crónicas pedestres o sensacionales que tenían que despachar. Se llamaban Alfonso Alcalde, Edelio Alarado, Sergio Villalga, Víctor Manuel Reinosó, Guillermo Ravet y Ligela Saldañas. A todos no se los ligó el periodismo pero a otros sí. La verdad es que cuesta seguir en la máquina de escribir después de una jornada de trabajo nocturna o luego de asistir a un acontecimiento estremecedor en el que hay que hacer en general el papel de testigo objetivo.

Casi sin darse cuenta Mellado derivó en periodista cultural. Empezó a frecuentar a los escritores en los cubículos de discreta bohemia en los que era posible encontrarlos en los finales de la década del 50 o



Raúl Mellado

comienzo del 60. Lo seguían y festejaban para conseguir alguno de esos párrafos que luego se recortan y se agregan a un álbum que da cuenta de la transitoria gloria, del ego que encontró alguna obra editada a menudo con ahorros o angustiosos préstamos. Entonces lo conocí. Fuimos compañeros de trabajo en la revista "Vistazo". De la mano con él traté a los principales representantes de la generación del 50 que entonces hacían animados y accidentados foros, inintermitidos en algunas ocasiones por el fuego de la irreverencia agresiva de Stella Díaz o las travesuras de Sergio Canut de Bon. Me di cuenta con Mellado que a pesar de las peleas y las confrontaciones políticas existía en el gremio una indubitable mancomunidad, un espíritu de cuerpo sólo alterado por una u otra deserción o traición.

Mellado estuvo estrechamente vinculado al Sindicato de Escritores que trataba de ser una alternativa más viva a la SECH de entonces en manos de caballeros de cacareados romances con apenas 27 mujeres o de anacrónicos adoradores de su ombligo. Los escritores consiguieron rescatar después a la Sech con Pablo Neruda o Rubén Azócar a la cabeza, con una nueva generación y también con los viejos que no concebían la literatura como el castillo de Rapunzel.

Desde entonces Mellado ha sido un premialista tenaz, eficiente y abnegado. Le dedicó su tiempo a la Sociedad de Escritores en los años de los apogeos y continúa haciéndolo. Muchas veces me llevó a París o Berlín donde trabajé durante 15 años de exilio su hoja de informaciones de las actividades de la Sech y de los escritores. Siempre me ha parecido una hoja prodigiosa. En breves y humildes espacios contiene un caudal de informaciones que para nosotros constituyen en el exilio las noticias de la cultura chilena. Aprovechábamos esos párrafos, los reproducíamos, los convertíamos en refritos o en el punto de partida para llamar la atención sobre tal o cual acontecimiento o figura de una literatura que seguía viviendo.

Pienso que todos le debemos algo a Raúl Mellado. A su oficio de periodista, a su poesía, pero también a su cálido corazón, a su profunda práctica de la amistad y la solidaridad, a su talento siempre cubierto por su obsesiva modestia pero que de pronto libera sus destellos y descubre a un poeta de los mejores y de los más verdaderos de una generación. Por todo eso nos subimos alborzados a este Tren del Sur que nos conduce al mejor encuentro con él.

Luis Alberto Mansilla

## El "Tren del sur" [artículo] Luis Alberto Mansilla.

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Mansilla, Luis Alberto

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1990

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

El "Tren del sur" [artículo] Luis Alberto Mansilla. retr.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile